

CAPÍTULO VI

Duda universal

De la aspiracion al ideal de la ciencia, del primer principio práctico ó de alguno de sus corolarios ¿se sigue por ventura el empleo de la duda universal? Á primera vista pudiera parecer que sí. Pudiera pensarse que siendo dicho ideal una ciencia purísima, que no puede contener asomo de error, exige una duda universal á fin de evitar todo conocimiento falso. En el amor purísimo á la verdad pudiera creerse incluida la necesidad de dudar de todo y de emprender una nueva y general investigacion á fin de profesar pura y simplemente la verdad en todos nuestros conocimientos.

Sin embargo, examinando atenta y detenidamente esta cuestion, se ve que la aspiracion al ideal, el primer principio práctico y sus corolarios exigen ántes la reprobacion que el empleo de la duda universal. Esta duda, empleada en el comienzo de una investigacion científica para llegar al conocimiento de la verdad, es un medio escéptico para un fin dogmático.

En primer lugar, esta duda se opone á la aspiracion al ideal, á la direccion hacia el mismo, y á la síntesis incoada procedente de la aspiracion. Veamos cómo se opone á cada uno de estos tres grandes bienes. La aspiracion nace del conocimiento del bien. No aspiramos sinó á lo que tenemos por bueno, y aspiramos con tanto más ardor y vehemencia cuanto más noble y grande creemos el bien. Si dudamos de todo, hemos de dudar tambien no sólo de la grandeza y hermosura del ideal, sinó hasta de su bondad. No sabiendo si el ideal es grande y hermoso, no sabiendo si es bueno siquiera, no podemos aspirar á él, y mucho ménos con ardor y vehemencia, puesto que no conocemos objeto digno de esta aspiracion. Y así en consecuen-

cia de la duda relativa al ideal, hemos de suspender nuestra aspiracion.

Suspendida la aspiracion al ideal, ha de quedarle tambien la direccion, que era su consecuencia. ¿Cómo hemos de encaminarnos hacia el ideal, si no lo apeteceemos? ¿Cómo hemos de darnos á la investigacion, y sobre todo á difíciles y constantes investigaciones para acercarnos al ideal, si en fuerza de la duda estamos indiferentes para con él? Y no se diga que suspendida la aspiracion al ideal á causa de la duda relativa al mismo, podemos desde luégo enderezar la investigacion á superar la duda, para entrar de nuevo en la aspiracion al ideal, y en todo lo consiguiente á la misma. Lógicamente no puede esto suceder, porque la investigacion, los esfuerzos para vencer las dudas, quitar la ignorancia y adquirir la ciencia, provienen de la aspiracion á la misma: la investigacion y los esfuerzos serán proporcionados á la aspiracion; destruída ésta, caerán ellos tambien.

Habiendo cesado la aspiracion y la direccion al ideal, será imposible la consecucion incoada del mismo, toda vez que está fundada en aquella aspiracion y direccion. No sólo el ideal de la ciencia, pero ni la ciencia siquiera, ni un conocimiento cierto son posibles, admitida la duda universal. Quien admita semejante duda, se despeña en una sima de la cual no podrá salir; porque los medios que para esto hubieran de servirle, los ha desechado previamente. Cualquiera que aspire á una ciencia nobilísima, y para alcanzarla adopte como medio la duda universal, habrá tenido ya un sinnúmero de conocimientos evidentes. Cuando despues de haber conocido la elevada ciencia de la cual había de quedar cautivado, y despues de haber discurrido sobre los medios necesarios para alcanzarla, elija el de una duda universal, habrá tenido ya muchísimas percepciones esternas, muchísimas internas, y no pocos actos de evidencia intelectual. Movido de la evidencia objetiva envuelta en dichas percepciones y actos intelectuales, ha tenido certeza, y la ha tenido legitimamente; y con todo ha desechado estos conocimientos ciertos y evidentes adoptando la duda universal. Cuando pugne por salir de esta duda, no encontrará otro medio

legítimo que el de la evidencia objetiva; y habiéndola desechado ántes, también deberá desecharla después, si quiere evitar la inconsecuencia. Tan evidentes eran muchos conocimientos anteriores á la duda, como los posteriores; quien á pesar de los primeros haya dudado, ha de seguir dudando á pesar de los segundos. Si se admite la duda universal, es preciso resignarse á quedar perpetuamente en la misma, renunciando á todo conocimiento cierto, á la ciencia y á la aproximación al ideal.

En segundo lugar, la duda universal y el primer principio práctico con sus dos corolarios tampoco son para en uno. El amor purísimo á la verdad, consignado en el primer principio, nos induce á abrazarla donde quiera que la encontremos. Á quien admita la duda universal, la verdad se le ha presentado mil veces, ofreciéndose á su sentido y á su inteligencia; y sin embargo él, aunque la ha conocido evidentemente, ha rehusado abrazarla. Semejante indiferencia para con la verdad claramente conocida, no responde al amor purísimo que debemos profesarle.—La verdad se ha manifestado ya de una manera evidente, ha hecho lo necesario para que el filósofo pudiera abrazarla, ha cumplido la primera parte de la ley armónica del universo poniendo el acto de comunicación. Debió el filósofo cumplir la segunda parte de esta ley adquiriendo el ser comunicado: si se abstiene de esta adquisición, él es quien rompe la armonía del universo no correspondiendo con su amor al amor y á la generosidad de otros seres.

El que se entregue á la duda universal, ha de suspender su adhesión á la fe católica y al crecido número de verdades contenidas en la tradición. Aunque el filósofo quiera limitar su duda á todo lo del orden natural, forzosamente habrá de estenderla á muchas verdades reveladas pertenecientes á dicho orden, y proporcionadas á los alcances de la razón. Y basta la duda de una sola verdad revelada para hacer imposible la adhesión á la fe católica, porque aquella duda destruye esta adhesión. Añádase á esto que la racionalidad de la adhesión á la fe católica es también un objeto del orden natural, y puede ser demostrada por la razón. Si de todo lo perteneciente al orden natural ha de dudar el filósofo, habrá de dudar también de dicha racio-

nalidad, y suspender la mencionada adhesión. Argüiría falta de rectitud y de elevación moral hacer un acto del cual se dudara si es razonable ó no.

No hay para qué ocuparse en probar que dudando de todo se ha de dudar también de las verdades contenidas en la tradición científica. Dejaría de ser universal la duda, si no comprendiera tales verdades. No pueden éstas librarse de la ruína total de la certeza por no tener condiciones superiores á las de otras muchas conocidas evidentemente, y sin embargo hechas objeto de duda.

Aviéndose la duda universal no con el respeto á la tradición científica, sino con una loca estima de sí mismo llevada hasta el desprecio de cuantos filósofos han existido. Únicamente el que no haga cuenta alguna de tantos y tan insignes varones, y se tenga por gigante más poderoso que todos ellos juntos, podrá entregarse á la duda universal para emprender de nuevo y por sí solo la construcción del edificio de la ciencia.—Así, pues, el filósofo que se entregue á la duda universal debe despojarse de su adhesión á la fe católica y á gran número de verdades contenidas en la tradición; debe renunciar á tan poderosos auxilios, guías y estímulos en su dirección al ideal, y ha de contentarse con sus fuerzas individuales.

En tercer lugar, la duda universal, sobre no ser razonable, es imposible. No es razonable, porque no hay motivo suficiente para dudar de todas las cosas, al paso que lo hay para asentir firmemente á muchas de ellas. De que á veces hayamos caído en error, de que no siempre hayamos encontrado la verdad en cada uno de los momentos de nuestra investigación, al observar, al abstraer y al deducir, no se sigue que hayamos de dudar de todo. Por haber encontrado muchas monedas falsas, no debemos dudar de la legitimidad de todas, aun de aquellas cuya legitimidad tenemos averiguada. Si á veces hemos caído en error, en cambio hemos alcanzado verdades innumerables; y estamos ciertos de haberlas alcanzado, porque las hemos visto con nuestros sentidos ó con nuestra inteligencia. Si hemos caído en error, seamos en lo sucesivo más cautos para evitarlo; investiguemos más, y pongamos las debidas condiciones; pero

no dudemos de las cosas ciertas y evidentes. Es cosa razonable lo primero, pero no lo segundo.

Es imposible la duda metódica universal, porque á ella se oponen los conocimientos evidentes adquiridos ántes de la misma, y los del instante en que aquélla hubiera de ser admitida. El filósofo que trate de entregarse á la duda universal, no habrá olvidado todos los conocimientos adquiridos, ni la evidencia de muchos de ellos. Cuando quiera abalanzarse á tener por dudoso lo que era objeto de estos últimos conocimientos, se hallará impedido por la evidencia de los mismos. Allá en el fondo de su espíritu verá que aquellas cosas eran ciertas por evidentes, que con razon se había adherido á las mismas, y que no puede ménos de adherirse ahora tambien. Y en los momentos en que medite sobre los medios necesarios para alcanzar un alto grado de ciencia, y en que trate de adoptar una duda universal, verá claramente sus pensamientos actuales y las inclinaciones de su voluntad, sabrá que son una realidad estos pensamientos é inclinaciones, y no podrá en manera alguna dudar de todas las cosas. Si á pesar de esto dice que tiene una duda universal, habrá caído en ilusion, pues que en el fondo de su espíritu conserva la certeza de no pocas verdades.

No de la duda universal, sinó del ideal atrayente y del amor han de esperarse grandes progresos en el terreno de la ciencia. Haya por parte del objeto idealidad presentada á una alta inteligencia; haya por parte del sujeto un amor ardiente al ideal conocido; y se podrá estar seguro de la grandeza de los resultados. El amor al ideal produce la actividad necesaria para dirigirse hacia él; induce á la indagacion de los medios, al empleo de la duda en los casos necesarios, á la investigacion de los objetos para descubrir la verdad. El amor al ideal comunica fortaleza al espíritu, y le ayuda á vencer los mayores obstáculos, sosteniéndole en la dificultad de las observaciones y experimentos, en la profundidad de las meditaciones y en el cansancio de las lecturas. El amor al ideal contribuye á la constancia tan necesaria para los adelantos científicos; alienta al espíritu en medio de las dificultades incesantemente renovadas, de no pocos esfuerzos frustrados y de la perspectiva de traba-

jos de larguísima duracion. La duda universal, á contraposicion del amor, menguaría la actividad, la fortaleza y la constancia: fuera para el espíritu el hielo y la muerte, miéntras el amor al ideal es el calor y la vida (1).

CAPÍTULO VII

Descartes y la duda

I

Á nuestro entender, la duda metódica no siempre la espone Descartes de la misma manera: en su *Discurso sobre el método* y en sus *Meditaciones Metafisicas* la entiende en sentido más amplio que en los *Principios de Filosofia*.

En las dos primeras obras profesa y enseña la duda universal. En el *Discurso sobre el método*, despues de haber manifestado que *juzgó conveniente... rechazar como absolutamente falsas todas aquellas cosas respecto á las cuales pudiera imaginar asomo de duda*, añade lo siguiente: «Puesto que los sentidos nos engañan algunas veces, quise suponer que ninguna cosa es tal como ellos nos la hacen imaginar; y atendiendo á que otros hombres se equivocan y cometen paralogismos al discurrir áun acerca de las más sencillas cuestiones de geometría, y á que yo puedo errar no ménos que ellos, rechacé como falsos todos los discursos que ántes había tenido por demostraciones; considerando, en fin, que los mismos pensamientos que tenemos en estado de vigilia, podemos tenerlos cuando dormimos, aunque no

(1) Platon en su *Convite* pone en boca de Agaton las siguientes palabras, en las cuales se declara que en el terreno de las artes, miéntras el desamorado permanece en la oscuridad, el que está impelido del amor sobresale en ellas y se granjea un nombre ilustre. « Ἄλλὰ τὴν τῶν τεχνῶν δημιουργίαν οὐκ ἴσμεν ὅτι οὐ μὲν ἂν ὁ θεὸς οὗτος διδάσκαλος γένηται, ἐλλόγιμος καὶ φανὸς ἀπέβη, οὐ δ' ἂν ἔρος μὴ ἐφάφηται, σχοτεινός..... (Opp. Omn., ed. cit., t. 1, págs. 676, 677).

sean verdaderos, me determiné á fingir que todo cuanto había pensado estaba tan desprovisto de verdad como las ilusiones de mis sueños (1).»

De las tres consideraciones contenidas en este pasaje, Descartes ordena la primera y la segunda á una duda parcial, y la tercera á una duda universal. Por la primera se resuelve á tener por dudoso lo percibido mediante los sentidos; por la segunda, duda de las cosas que juzgó demostradas; por la tercera, duda de todo cuanto había pensado. Y como ántes había resuelto suponer falsas todas las cosas de las cuales pudiera dudar, pasa á suponer ó fingir que es falso todo lo mencionado en las tres consideraciones antedichas. Si Descartes duda de todo cuanto había pensado, ciertamente dudará de lo finito y de lo infinito, de la materia y del espíritu, del hombre, de sí mismo y de sus actos.

Sumergido en esta duda universal, piensa Descartes librarse de ella por medio de la siguiente reflexion: «Luégo despues advertí que miéntras quería pensar que todo era falso, yo que esto pensaba había de ser por precision alguna cosa (2).» Precede la duda universal, y á ella la sigue la reflexion sobre sí mismo, sobre sus actos y sobre la existencia en cuanto contenida en ellos.

En las *Meditaciones Metafísicas* Descartes espone otras razones para entregarse á una duda universal, y afirma esta duda

(1) ...Je pensai qu'il fallait que je fisse tout le contraire, et que je rejettasse comme absolument faux tout ce en quoi je pourrai imaginer le moindre doute... Ainsi, à cause que nos sens nous trompent quelquefois, je voulus supposer qu'il n'y avait aucune chose qui fût telle qu'ils nous la font imaginer; et, parce qu'il y a des hommes qui se méprennent en raisonnant même touchant les plus simples matières de géométrie, et y font des paralogismes, jugeant que j'étais sujet à faillir autant qu'aucun autre, je rejettai comme fausses toutes les raisons que j'avais prises auparavant pour démonstrations; et en fin considérant que toutes les mêmes pensées que nous avons étant éveillés, nous peuvent aussi venir quand nous dormons sans qu'il y en ait aucune pour lors qui soit vraie, je me résolus de feindre que toutes les choses qui m'étaient jamais entrées en l'esprit n'étaient non plus vraies que les illusions de mes songes. (*Discours de la Méthode*, 4^e partie, ed. cit. págs. 21-22).

(2) Mais aussitôt après je pris garde que, pendant que je voulais ainsi penser que tout était faux, il fallait nécessairement que moi qui le pensais fusse quelque chose... (Ibid., pág. 22).

de una manera enérgica y desconsoladora: «Todo cuanto, dice él, he admitido hasta ahora como muy verdadero, lo he recibido de los sentidos, ó por medio de los sentidos. Pero tengo observado que éstos á veces engañan; y la prudencia aconseja no fiarse de aquellos que siquiera una vez nos hayan engañado... Está hondamente arraigada en mi alma la antigua creencia de que existe un Dios todo poderoso, que me ha criado tal cual soy. ¿Y cómo sé que Él no me ha criado de tal manera que yo me equivoque al pensar que existen tierra, cielos, estension, figuras, cantidades y lugares, ó al hacer la suma de dos y tres, ó al contar los lados de un cuadrado, ó al ocuparme en cosas más fáciles todavía? Mayormente cuando juzgo que á veces otros se engañan tocante á cosas que ellos creen saber perfectísimamente. Ni vale el decir que Dios, siendo sumamente bueno, no quiere que yo me engañe de este modo; porque si á su bondad se opusiera el crearme de modo que me engañe siempre, tambien se opondría el crearme de modo que me engañe alguna vez. Y esto último no pudo admitirse..... Como que á estos argumentos nada tengo que responder, me veo precisado á confesar que no por lijereza, sinó por sólidas y bien meditadas razones puedo dudar de todo lo que ántes tenía por verdadero (1).»

Despues de haber afirmado é intentado justificar su duda

(1) Nempe quidquid hactenus ut maxime verum admisi, vel a sensibus, vel per sensus accepi; hos autem interdum fallere deprehendi, ac prudentiae est numquam illis plane confidere qui nos vel semel deceperunt... Verumtamen infixam quaedam est meae menti vetus opinio Deum esse qui potest omnia, et a quo talis qualis existo, sum creatus: unde autem scio illum non fecisse ut nulla plane sit terra, nullum coelum, nulla res extensa, nulla figura, nulla magnitudo, nullus locus, et tamen haec omnia non aliter quam nunc mihi videantur existere. Imo etiam quemadmodum iudico interdum alios errare circa ea quae se perfectissime scire arbitrabantur; ita ego ut fallar quoties duo et tria simul addo, vel numero quadrati latera, vel siquid aliud facilius fingi potest? At forte noluit Deus ita me decipi, dicitur enim summe bonus; sed si hoc ejus bonitati repugnaret talem me creasse ut semper fallar, ab eadem etiam videretur esse alienum permittere ut interdum fallar, quod ultimum tamen non potest dici... Quibus sane argumentis non habeo quod respondeam, sed tandem cogor fateri nihil esse ex iis quae olim vera putabam de quo non liceat dubitare, idque non per inconsiderantiam vel levitatem, sed propter validas et meditata rationes... (*Medit. de 1.^a Philosophia*, medit. 1.^a, págs. 6, 7, ed. Amstelod, 1698).

universal, vuelve á afirmarla con más precision y claridad que nunca, preguntándose si hay algo verdadero, y respondiendo: « quizá no hay otra cosa sinó la de que nada hay cierto (1). »

La duda de Descártes tomada en este sentido universal está sujeta á todos los inconvenientes espuestos en el capítulo anterior, porque tiene el carácter de universalidad en el cual aquellos inconvenientes están fundados.

Pudiera pensarse que la duda de Descártes no tiene los inconvenientes mencionados, porque no es real, sinó ficticia; porque consiste en *suponer* que todo es falso sin tenerlo realmente por tal, en darse de nuevo á la investigacion como si todo fuera dudoso. Las palabras *ficción* y *suposicion*, empleadas por Descártes en algunos de los pasajes citados, pueden haber dado ocasion á interpretar su duda en este sentido. Pero examinando atentamente dichos pasajes, se verá que Descártes usa de las palabras *ficción* y *suposicion* en órden á la *falsedad*, no en órden á la *duda*; finge ó supone que todo es falso, pero no finge que todo sea dudoso. No empleando estas palabras relativamente á la duda, sobre todo empleándolas relativamente á la falsedad, Descártes deja entender que en verdad se resuelve á dudar de todas las cosas. ¿Y qué otra significacion pueden tener las expresiones: « *Me veo precisado á confesar que no por lijereza, sinó por sólidas y bien meditadas razones, puedo dudar de todo lo que ántes tenía por verdadero* » — y « *quizá no hay otra cosa verdadera sinó la de que nada hay cierto?* »

Á esto debe añadirse que las consideraciones de Descártes sobre las ilusiones de los sentidos, sobre la semejanza del estado de sueño con el de vigilia, sobre la posibilidad de la evidencia

(1) ... Quid igitur erit verum? Fortassis hoc unum nihil esse certi (Ibid., medit. 2.^a, pág. 9).

de las cosas falsas, son consideraciones enderezadas á dudar realmente, y no á fingir una duda universal. Son reflexiones hechas tambien por los escépticos para llegar al escepticismo ó para continuar en él, pero no para fingirlo. Por esto pensamos que Descártes realmente quiso y creyó estender la duda á todas las cosas en el terreno de la ciencia.

Podrá tambien pensarse que no será muy peligrosa la duda de Descártes, cuando éste pudo librarse de la misma con tanta facilidad, y seguir con tanto denuedo sus investigaciones en el terreno de la filosofía. Entregado á la duda, reflexionó sobre sí mismo, observó sus pensamientos, contempló su contenido, y desde luégo quedó cierto del famoso principio: *Yo pienso; luego existo*.

Es verdad que Descártes salió del estado de duda, y llegó á la certeza de los hechos percibidos por la conciencia, y de un principio visto por el entendimiento. Pero hizo esto siendo inconsecuente, obrando primero de una manera y despues de otra opuesta, con hallarse en igualdad de circunstancias. Ántes de la duda metódica había observado hechos internos, y conocido principios evidentes; y sin embargo quiso dudar de todo. Si despues se observó á sí mismo, y vió la existencia incluída en su pensamiento, no estuvo en mejor situacion que ántes para conocer la verdad, y por lo tanto debió continuar en la duda. Sentó principios cuyas consecuencias aceptó una vez, dejando de aceptarlas en lo sucesivo. Si hemos de dudar de todo, porque los pensamientos del estado de vigilia podemos tenerlos tambien en estado de sueño habremos de dudar al emprender de nuevo la investigacion filosófica lo mismo que despues de haberla emprendido. Dudar en el primer caso, y tener certeza en el segundo, es obrar de un modo inconsecuente.

Esta inconsecuencia preservó á Descártes de un escepticismo perpetuo, como otra le preservó de la incredulidad. Segun lo dicho en el capítulo anterior, quien duda de todo en el terreno de la ciencia, debe dudar tambien de la racionalidad de la adhesion á la fe católica, y por lo tanto habrá de suspender tal adhesion hasta que haya salido de esta duda. No obstante, Descártes por otra feliz inconsecuencia determinó seguir varias

máximas morales, entre ellas la de perseverar en la religion en la cual por la gracia de Dios había sido educado desde su infancia (1). Estas inconsecuencias de Descártes las ha visto tambien el historiador del escepticismo moderno, Vicente Sartini, y las ha hecho observar con las siguientes palabras: «Messe in salvo il Cartesio le verità di fede; ma s'accorda con esse il dubbio logico che impedisce di vedere la razionalità delle credenze?... Egli non uscì del dubbio che contraddicendosi, ma dove non si contraddirà, negherà la certezza naturale (2).»

II

En los *Principios de Filosofia* Descártes espone la duda en un sentido más limitado, esceptuando de ella las verdades espresadas en el principio: *Yo pienso; luego existo*. En la parte primera, párrafo primero enseña la necesidad de que una vez en la vida dudemos de todas las cosas respecto á las cuales tengamos algun motivo, siquiera leve, para dudar (3). En el párrafo quinto enseña que «dudemos tambien de las otras cosas que ántes tuvimos por certísimas, hasta de las demostraciones matemáticas, y de los principios que hasta ahora habíamos creído evidentes con evidencia inmediata (4).» Y funda esto en «la ignorancia en que estamos de si somos creados por Dios de tal suerte que erremos siempre, aun en las cosas que nos parecen evidéntísimas (5).»

(1) *Discours de Méthode*, 3.^e p.^e, ed. cit., pág. 15

(2) Vinc. Sartini: *Storia dello Scetticismo moderno*, 1876, pág. 65.

(3) *Multis praejudiciis a veri cognitione avertimur, quibus non aliter videtur posse liberari quam si semel in vita de iis omnibus studeamus dubitare, in quibus vel minimam incertitudinis suspicionem reperiemus (Principia Philosophiae, Amstel. 1692 part. 1.^a, parágr. 1).*

(4) *Dubitabimus etiam de reliquis quae antea pro maxime certis habuimus, etiam de mathematicis demonstrationibus, etiam de iis principiis quae hactenus putavimus esse per se nota. (Ibid., part. 1.^a, 5).*

(5) *Ignoramus enim, an forte nos tales creare voluerit (Deus) ut semper fallamur, etiam in iis quae nobis quam notissima apparent; quia non minus hoc videtur fieri potuisse quam ut interdum fallamur, quod contingere ante advertimus (Ibid., part. 1.^a, 5).*

Despues de esta afirmacion universal, en el párrafo séptimo espone la duda con la limitacion indicada, y se espresa en los términos siguientes: «Desechando y aun suponiendo falso todo aquello de lo cual podemos en algun modo dudar, fácilmente suponemos que no hay Dios, ni cielo, ni cuerpo alguno, y que nosotros mismos carecemos de miembros corporales; mas no por eso suponemos que no existamos nosotros, que tales pensamientos tenemos, porque repugna el juzgar que el sujeto que piensa no exista miéntras está pensando. Así, pues, el principio: *Yo pienso; luego existo*, es de todos el primero y el más cierto que se presenta á quien se dedica ordenadamente á la filosofia (1).» En este pasaje Descártes escluye espresamente de la duda su existencia por contenida en su pensamiento; y toda vez que quiere dudar de todo lo dudoso, deja entender que no tiene por tal ni su pensamiento ni su existencia.

La duda limitada de este modo fuera ménos desordenada y peligrosa que la duda universal; sin embargo, no tendría aún la limitacion necesaria, porque comprendería objetos tan evidentes como el pensamiento y la existencia. Todas las cosas vistas por la inteligencia en un objeto abstracto son tan evidentes como la existencia vista en el pensamiento: si esta última no es objeto de duda, tampoco deben serlo las primeras. El mundo corporal es percibido por los sentidos exteriores, como los hechos internos lo son por la conciencia: escluídos de la duda los hechos internos, debió serlo tambien el mundo corporal. La verdad de muchos hechos percibidos por testigos veraces, es á las veces tan evidente como los hechos percibidos por nosotros; debe, pues, admitirse, y de ningun modo ponerse en duda.

Estas consideraciones nos inducen á pensar que Descártes

(1) *Sic autem rejicientes illa omnia de quibus aliquo modo possumus dubitare, ac etiam falsa esse fingentes, facile quidem supponimus nullum esse Deum, nullum coelum, nulla corpora; nosque etiam ipsos non habere manus nec pedes nec denique ullum corpus; non autem ideo nos qui talia cogitamus nihil esse; repugnat enim ut putemus id quod cogitat eo ipso tempore quo cogitat, non existere. Ac proinde haec cognitio *Ego cogito, ergo sum*, est omnium prima et certissima quae cuilibet ordine philosophanti occurrit. (Principia Philosophiae, ed. cit., p. I, 7).*

se contradice á sí mismo, esceptuando de la duda su existencia y su pensamiento, sin esceptuar el mundo corporal percibido por los sentidos, todo lo visto por la inteligencia, y la verdad de hechos atestiguados conocida evidentemente. Que no escluye de la duda ninguna de estas tres cosas, nos lo indica Descártes no mentando ninguna de ellas en la escepcion, espresando en los párrafos quinto y séptimo la duda tocante á los principios evidentes y al mundo corporal, y hablando en el párrafo trece del *espíritu que se conoce á sí mismo, y duda aún de todo lo demas.*

III

En el método empleado por Descártes, á la duda universal ó limitada del modo espuesto sigue la investigacion ordenada á adquirir ó ampliar la ciencia. Desechados los conocimientos ciertos adquiridos ántes, debe emplearse algun medio para adquirir otros nuevos, si no se quiere hacer asiento en la duda universal. Este medio es la investigacion, la cual se compone de dos elementos: observacion y discurso. Así el empleo de uno y otro, como su resultado lo describe Descártes en el siguiente pasaje, interesante en alto grado para el exacto conocimiento de su doctrina: «El espíritu que se conoce á sí mismo y duda aún de todo lo demas, *mirando* por todos lados á fin de dar mayor estension á sus conocimientos, ante todo *halla* en sí muchas ideas, tocante á las cuales no puede engañarse como se limite á contemplarlas, sin afirmar ni negar que fuera de sí mismo exista algo semejante á ellas. Asimismo halla ciertas nociones comunes; y por medio de éstas demuestra varias cosas de cuya verdad queda plenamente persuadido miéntras atiende á la demostracion. Así, por ejemplo, tiene el espíritu en sí mismo ideas de números y figuras, y entre otras nociones comunes la de que *si á cantidades iguales se les añaden otras iguales, lo serán tambien los resultados*; por medio de lo cual fá-

cilmente demuestra que los tres ángulos de un triángulo son iguales á dos rectos, etc., y se persuade de la verdad de estas y otras semejantes cosas miéntras atiende á las premisas (1).»

Segun esto, dos cosas ha de hacer el espíritu: observar y discurrir. Por medio de la observacion descubre hechos, ideas y ciertas nociones comunes; por medio del discurso pasa de unas verdades á otras, demostrando éstas con el auxilio de aquéllas. La abstraccion para formar ideas ó conceptos, la contemplacion del objeto abstracto para descubrir principios, no los menciona Descártes; sinó que supone que el espíritu ya encuentra en sí mismo ideas ó conceptos, como tambien ciertos principios ó nociones, por ejemplo, el de la adiccion de cantidades iguales.

Para salir del estado de duda y llegar á conocimientos ciertos sin mezcla de errores no basta el medio de la investigacion; es ademas necesaria una regla referente á los objetos sobre los cuales ha de recaer la certeza. Sin una regla que señale las condiciones de tales objetos, es fácil asentir firmemente á lo que no merece este asenso. Á fin de evitarlo se dió Descártes el precepto de *no admitir jamas por verdadero sinó lo que evidentemente conociera ser tal* (2). Siguiendo este precepto en su investigacion, había de tener por ciertas las cosas evidentes, y seguir dudando de lo demas.

No debe confundirse este precepto con la duda universal mencionada anteriormente. Esta duda es anterior á la investi-

(1) Cum autem mens quae se ipsam novit, et de aliis omnibus rebus adhuc dubitat, undiquaque circumspicit, ut cognitionem suam ulterius extendat, primo quidem invenit apud se multarum rerum ideas quas quamdiu tantum contemplatur, nihilque ipsis simile extra se esse affirmat nec negat, falli non potest. Invenit etiam communes quasdam notiones, et ex his varias demonstrationes componit, ad quas quamdiu attendit, omnino sibi persuadet esse veras. Sic exempli causa numerorum et figurarum ideas in se habet, habetque etiam inter communes notiones, quod si aequalibus aequalia addas, quae inde exurgent erunt aequalia, et similes; ex quibus facile demonstratur tres angulos trianguli aequales esse duobus rectis, etc.; ac proinde haec et talia sibi persuadet vera esse, quamdiu ad praemissas ex quibus ea deduxit, attendit. (*Principia Philosophiae*, ed. cit., p. 1, 13).

(2) Le premier (précepte) était de ne recevoir jamais aucune chose pour vraie que je ne la connusse évidemment être telle. (*Discours de la Méth.*, p. II, pag. 12, ed. cit.).

gacion ordenada á alcanzar una nueva ciencia: sirve para remover un impedimento de esta ardua tarea. Pero el precepto se refiere á la investigacion misma, es la regla que ha de seguirse miéntras se investiga. Con la duda universal se destruye el edificio viejo; con la investigacion se trabaja para construir otro nuevo; y en el precepto se tiene la medida á que ha de sujetarse la construccion del nuevo edificio. Que dicho precepto se refiere á la investigacion lo dice el ser uno de los cuatro que en el método de Descártes reemplazan las reglas de la antigua lógica, encaminadas á dirigir el entendimiento en la investigacion de la verdad. Á ella se refieren los otros tres preceptos: análisis minucioso, órden en los pensamientos, y enumeraciones completas. Á ella se refiere tambien la amonestacion (de contenido idéntico al precepto) dada por Descártes á los lectores de sus obras, cuando dice en los *Principios de Filosofia*: «nihilque ab ullo credi velim, nisi quod ipsi evidens et invicta ratio persuadebit (1).»

Segun acabamos de manifestar, creemos que en el método de Descártes es preciso distinguir tres cosas: la duda universal ó escasamente limitada; la investigacion por medio de la observacion y del discurso; y la regla ó precepto tocante á la certeza. En este capítulo hemos tratado de la primera de estas tres cosas; de la segunda trataremos al hablar de los momentos de la ciencia; y de la tercera al esponer el resultado de la direccion al ideal. La certeza y la duda á que dicha regla se refiere es ya un resultado de la investigacion: observando y discutiendo se llega á la evidencia, ó no se llega; en el primer caso se tiene certeza, y en el segundo se continúa en la duda. De ahí el tratar de esta última duda y de la certeza no ahora, sinó al esponer los resultados de la investigacion en la tercera parte.

(1) *Principia Philosophiae*, p. IV, pág. 207, ed. cit.

CAPITULO VIII

La investigacion y la duda

I

Si no hemos de admitir la duda universal, ni la escasamente limitada de Descártes, ¿habremos de dudar á lo ménos de todo lo que sea objeto de nuestra investigacion? ¿Será necesaria esta duda para que investiguemos los objetos con mayor detencion y amplitud, y para que nos acerquemos más al ideal de la ciencia? Despues de haber meditado sobre esta cuestion, creemos que no ha de ser resuelta en sentido afirmativo.

Ante todo pensamos que para investigar no es necesaria la duda tocante al objeto de la investigacion. Puede ser que quien investiga, dude ó no dude de este objeto. Que muchas veces investigamos cosas de las cuales dudamos, nadie lo ignora ni lo contradice. Que tambien investigamos cosas sin dudar de ellas, es un hecho que con frecuencia podemos observar en nosotros mismos y en los demas. Los que tienen la dicha de profesar la fe católica, creen firmemente muchas verdades del órden natural susceptibles de demostracion en el terreno científico, la unidad de Dios, por ejemplo, la creacion del mundo, la espiritualidad del alma humana, etc. Muchísimas veces tienen certeza de estas verdades cuando aún no las conocen científicamente por medio de la demostracion. En este caso, si emprenden la investigacion de tales verdades para llegar á demostrarlas, no por eso dudan de ellas, que de ningun modo quieren dejar de ser católicos para ser sabios. De aquí es que semejante investigacion va acompañada de certeza tocante al objeto investigado, y se ordena no á destruir la duda, sinó á confirmar la certeza preexistente. Lo propio sucede si se trata de un hecho accesi-